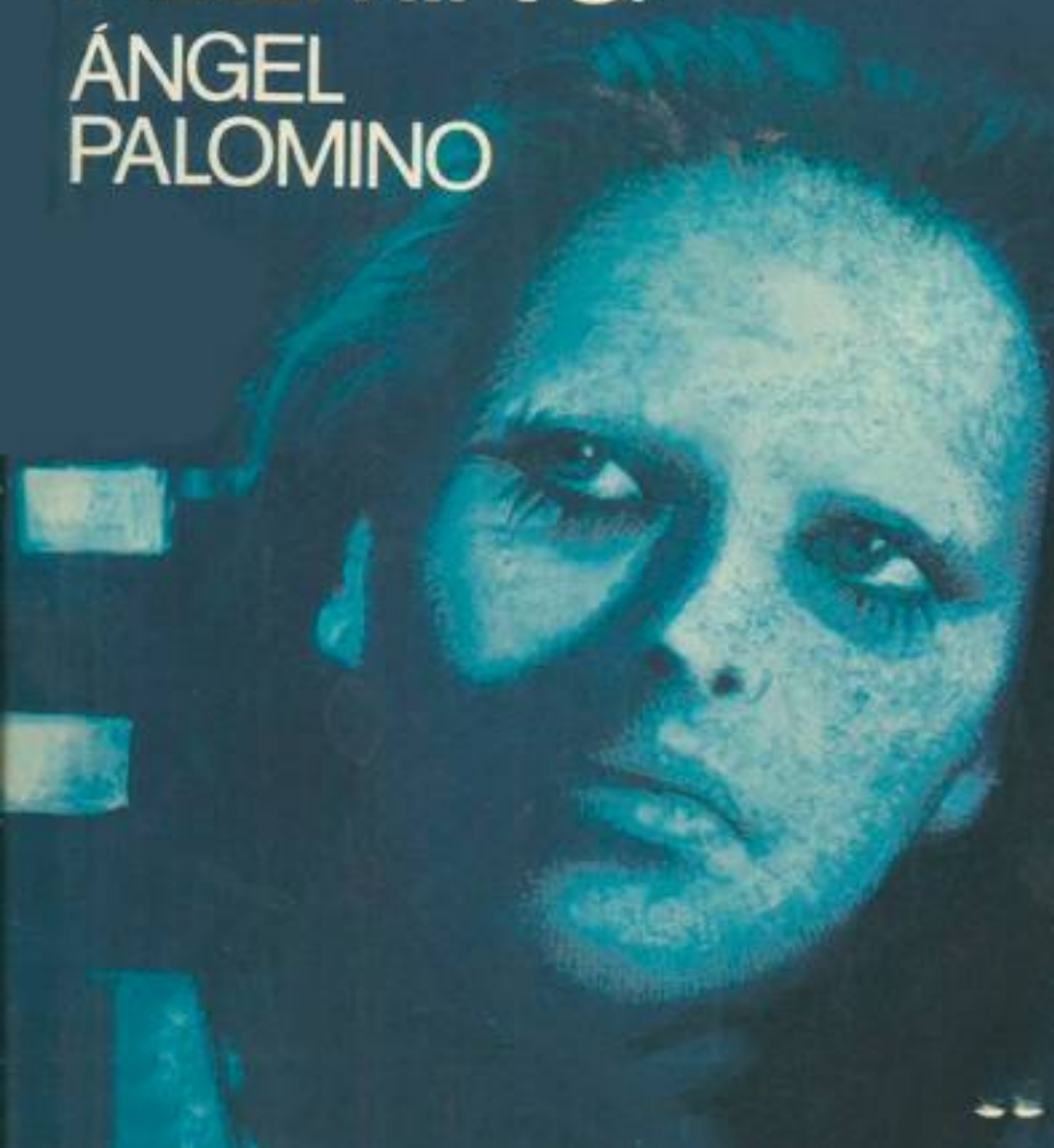


MADRID, COSTA FLEMING

ÁNGEL
PALOMINO



En un barrio nuevo y sofisticado de Madrid acaba de construirse un bloque de apartamentos, el edificio Zivago, y el lector va conociendo paulatinamente a una multitud de personajes relacionados con este bloque de viviendas. Desde el dueño de la inmobiliaria, especialista en chanchullos que para economizar cambia a su capricho los planos de un arquitecto que se aviene a todo, hasta una baronesa de pasado turbulento que dirige un negocio de prostíbulos de alta categoría, pasando por una «miss» de provincias que aspira a convertirse en estrella de cine, ante nosotros va desfilando un mundillo lleno de intereses, vanidades y prejuicios que se agita y se complica con numerosas ramificaciones (drogas, negocios inconfesables, chicas solteras que quedan embarazadas, golfería pura y simple, conflicto de generaciones, problemas íntimos de muy difícil solución, etc.).

En esta novela colectiva y de costumbres, hecha con un extraordinario oficio y escrita con garbo singular, predomina un tono de humor a veces triste y crítico, con una innegable intención moralizadora, que sin embargo, no suaviza las asperezas del tema, aunque la recubra con un cierto fondo de ternura y comprensión humana.

Ángel Palomino nos da así una nueva muestra de su habilidad narrativa introduciéndonos en una serie de aspectos de la sociedad española actual, que sabe describir con una agudeza y un desenfado que no excluyen la calidad literaria.

PRIMERA PARTE

La noche Fleming

AÚN ES DE DÍA; el sol ilumina los jardines babilónicos de las modernas terrazas de ese mundo nuevo; aún es día claro, pero las altas farolas de la Costa Fleming muestran, dorados o espectrales, los bulbos encendidos de sus pequeños soles de cristal. La avenida del Generalísimo deja correr, bajo el parpadeo de sus semáforos, la riada rumorosa, pe-tardeante, apresurada estampida de acero, carne de chata-rra.

Hay obreros en la Costa Fleming. Centenares, millares de obreros de la construcción. Ya se marchan a sus barrios periféricos. Hay niños, no muchos niños; cada vez menos; ya están dejando los jardines vacíos; se van los niños y no hay —no se oyen— pájaros. En el apartamento 7.º H del edificio Zorongo, un señor bajito se viste atropelladamente mientras Sonia, su amiga de ahora mismo, lo mira sorprendida por aquel repente. El señor bajito se ha quitado muy buena ropa; iba a pecar con Sonia, no sabe más de ella; la ha conocido ahora, es solamente Sonia, una chica de la cafetería Eurasia, y, cuando más animado se encontraba, presto para el amor mercenario, para el adulterio fugaz, al contado y sin huella, una punzadita en el pecho, un amago de dolor en el brazo izquierdo ha encendido en su memoria el sobrecogedor aviso: infarto de miocardio. El señor bajito se ha inquietado por la gravedad del aviso; en otra situación, quizás, hubiera ahuyentado el miedo atribuyéndolo a una burbuja de gas —aquella copa de coñac— maltratando las paredes del estómago. Pero ahora se ha visto salir muerto o moribundo del apartamento de Sonia y la libido ha perdido la batalla; el señor bajito se disculpa, chica perdona, no puedo, es tarde, otra vez será, toma, para ti,

perdona, lo siento, y ha metido mil pesetas bajo la almohada. Mientras se viste, reza entre diente el Señor mío Jesucristo.

Juanito Cercas Albarrán, nieto del conde de Cercas y cualquier día heredero seguro de uno de los tres o cuatro títulos flotantes de la familia, tiene doce años, es alto, rubio y espigado, la mirada desvergonzada y madura, las caderas ceñidas, el andar gatuno, y está emparentado con los siete pecados capitales. Busca entre los arbustos del jardincillo público, en aquel rincón enmarañado al que nunca llega el jardinero municipal. Juanito Cercas Albarrán aparta unas ramas y saca del escondite su caja de limpiabotas. Ya es *Johnny Relámpago*, habitante de la noche Fleming, fumador de lo que caiga, experto en música pop y en iconografía *poster*; ya es *Johnny Flash* y va a empezar su vida. Hasta las once de la noche. A las once entrará por el garaje en su casa, *viviendas superlujo, cuatro cuartos de baño señores, parquet de cerezo japonés, cocina de ciencia-ficción, 368 metros útiles, nueve millones de pesetas*, subirá en el ascensor de servicio y se incorporará a la vida familiar por la puerta de la cocina.

La Noche.

Ha llegado insensiblemente, poco a poco; las tinieblas no han derrotado a la luz; no hay tinieblas ni derrotas, sino el cambio de una luz por otra, poco a poco, apagando verdes vegetales y encendiendo falsos verdes de neón trepador por entre las ramas de las coníferas, bajo los setos vivos, ennegreciendo definitivamente el asfalto y vivificando el amarillo de los pasos de cebra, las naturalezas muertas de los escaparates, a los anuncios luminosos y a las altivas farolas de cuello de jirafa.

En la puerta del Gran Hotel se detienen casi al mismo tiempo dos Cadillacs de alquiler, los dos adornados con azahar. En el salón Montesco se van a celebrar por todo lo alto las bodas de Clarita y Sari Monzón, hijas de don Hermenegildo Monzón, industrial. Las dos novias son feítas —y

se les nota a pesar de los tules y las sedas naturales—, pero muy buenas chicas. Los novios, guapos; trabajan en Industrias Monzón. Van a llegar los doscientos invitados, gente endomingada, sombreros prestados, cuatro chaqués de alquiler, miradas de asombro ante el lujo nunca visto del Gran Hotel. Doce matrimonios norteamericanos, reunidos en el *hall* para iniciar la gran aventura del *Madrid by Nigth*, consumen flashes y película a toda velocidad fotografiando la llegada de los recién casados, porque una boda siempre tiene algo de escena folklórica, de fiesta típica.

En la iglesia de los Mártires de Bielorrusia, el padre César Cremades reza ante el sagrario desde la hora del ángelus. Su ángelus sin campanas, sin beatas, sin monaguillos, dura hora de oración y meditación. A sus espaldas, la iglesia vacía.

—No tengo pobres. Señor, ni tengo ricos. Aquí creen que no te necesitan. Llévame otra vez al suburbio del que me sacaste para aplacar mi soberbia; quería arreglar el mundo; qué poca cosa me siento en este mundo ya arreglado; devuélveme a la charca, a la chabola, a los blasfemos y a los desesperados; devuélveme a la inquietud, ponme otra vez entre las gentes, entre los que te niegan un día y te lloran otro. Devuélveme a la vida y al dolor y a la duda. Dicen que ésta es tierra de misión, y puede que lo sea; cómoda sí que es, y te doy gracias, Señor, por el bienestar que me regalas, pero dame el dolor o va a secarse mi alma.

A los restaurantes lujosos de la Costa Fleming van llegando los hombres ocupadísimos que nunca comen en su casa; acaban de recoger a su mujer para llevarla bien vestida, bien peinada, bella, discreta, despistada, a cenar entre dos señores desconocidos, frente a dos señoras como ella, que cenarán odiando cada plato ladrón de su línea, enemigo de su fachada, camino hacia la obesidad y la decadencia. Ayudan a sus maridos conversando animadamente sin saber de qué, cumpliendo la consigna, cena importante, nos interesa mucho, nos jugamos... Se juegan el porvenir

político, el crédito de cincuenta millones, la licencia de importación, la gran cruz, la colocación del niño, que no termina la carrera ni a tiros y dice que se casa. La vida es difícil, papá, pero saldremos adelante.

A los lujosos restaurantes van llegando los comisionados de provincias que han conseguido invitar al pez gordo y van a rodearle de adulación, de reverencia, de último chiste, de recuerdos tiernos y compromisos nebulosos para obtener su ayuda y sacarle al Gobierno un repetidor de televisión, o un puente, o un grupo escolar, o un parador de turismo.

A los lujosos restaurantes van llegando el galán maduro y la joven que quiere tocar el cielo con las manos, aunque sea poniéndose de puntillas sobre el infierno; los políticos que conspiran dentro de una inquebrantable lealtad a los principios fundamentales del Movimiento; los matrimonios sencillos que celebran sus bodas de plata, los toreros que no piden la factura, pero saben que la pagan de todas todas, que se la tragará ese agujero que tiene en la palma de la mano el apoderado; en la puerta de todos los aseos, la señora de la limpieza coloca una bandeja de alpaca plateada y pone sobre ella varias monedas que indican, con su mudo mensaje numismático, el lugar preciso y la tarifa mínima.

En Britons se mantienen la música ambiental, la semioscuridad y los pasos muelles, de moqueta acrílica y electricidad estática. Sisí desparrama su mirada de nuevo buscando su propio gesto.

—La Sisí está ya con la torrija encima.

—Esa chica no tiene remedio.

—Y está buena.

—Hace un año tenías que haberla visto, un monumento. Ya estaba liada con el Duncan; fumaba, pero luego empezó a pincharse y ésta acaba donde yo sé.

Sisí tiene cara de niña pervertida; noctámbula y ojerosa niña que ha descendido como despeñada las gradas de los

siete círculos tártaros. Contempla, desde lo alto de un desprecio impreciso, magnífico, a los dos camareros:

—Cabritos, qué más quisierais que una mirada mía.

—¿Decía, señorita Sisí?

—*On the rocks*, ya sabes, mucho whisky y mucho hielo.

—¿Caballo Blanco?

—Qué rostro tienes, chaval; todo lo sacáis de la misma garrafa. En la misma podrida garrafa entran a este acreditado establecimiento las mejores marcas del mundo; menos cuento, bonito de cuernos, y avísame si llega mister Duncan.

No va a llegar el Duncan; está en Carabanchel esperando comparecer ante el tribunal de los comerciantes de la muerte, de los traficantes de paraísos artificiales.

A medida que avanza la noche desaparecen los peatones; las aceras quedan desiertas, ya nadie anda en los andares de la vida civil, de la vida normal del que compra, vende, va al supermercado, lleva un niño al colegio o a que vea su abuela lo rico que está y lo que ha engordado en ocho días. Todo ese mundo ciudadano, compuesto y razonable, está clausurado en sus pisos; por la Costa Fleming sólo navegan coches de todos los tonelajes, de cualquier matrícula, con rumbo o a la deriva. Y a la puerta de algunos establecimientos, junto al malecón de la acera, se va formando el convoy quieto de las lucecitas verdes, la escuadra civil y cobijera de los taxis nocturnos acecha, aparejada para cualquier singladura. Siempre hay taxis en la Costa Fleming cuando la noche empieza a dar suelta a sus hijos. Y a sus hijas.

Treinta oftalmólogos belgas descienden de un autocar turístico y penetran en el mundo falso de escayola, falso de folklore y falso de alegría del Patio Granaíno. Van a disfrutar cincuenta minutos justos de *Spanish show*. En la noche europea del barrio sin leyendas ni tradiciones suenan, como un mensaje abstracto conducido a través del túnel del tiempo, las palmas anciliares, el punteo de las guitarras, el taca-

tá de unos tacones y el llanto embustero de una seguriya aprendida en tocadiscos transistorizado.

En la farmacia de guardia se han acabado los somníferos.

—Pero es que yo sin eso no puedo pegar ojo.

—Pues lo siento, señora.

—¿Y no tiene otra cosa?

—Tome un tranquilizante. Éste es muy bueno.

—Oiga, pero no engordará.

—Al contrario, señora, inhibe el apetito.

Domingo Maestro, guarda de noche del edificio Zivago, en construcción, enciende las recién instaladas luces del portal, lo contempla complacido, se recrea en los mármoles y en las maderas. Entra en un ascensor, sube hasta el piso diecisiete y baja otra vez al portal. Acaricia la piel del pasamano de la escalera.

—Qué lástima; ahora es cuando se empieza a estar bien aquí, Domingo; ha llegado lo bueno; prepara la mochila, que te vas.

La baronesa de Corinto no conoce el Zivago a pesar de ser propietaria de diez apartamentos. Pasó por allí con su secretario cuando el edificio era poco más que un solar.

—Vale, Pedro, me gusta el sitio. Entra y reserva diez.

La baronesa fue a Dipero, S. A. y formalizó la operación; diez apartamentos cuidadosamente escogidos; diferentes plantas y nunca dos juntos, pared por medio.

En su casa ha confeccionado un esquema de sus propiedades, piso por piso, letra por letra. Al lado, una lista de quienes van a ser sus futuros habitantes.

La baronesa de Corinto tiene un secretario marica, Pedro, muy marica, aunque casto. Escandalosamente afeminado, pero contemplativo y tímido, treinta y seis años, fofo, voz de flautín, andares de sarasa, no conoce varón: es virgen por los cuatro costados. O por los dos. Ayuda a la baronesa en la distribución de los arrendamientos.

—A la Madinette no la puedes poner cerca de la Otero; se llevan a matar, baronesa.

—A la Madinette vamos a decirle que no hay sitio en el Zivago.

—Entonces nos sobra uno.

—Veremos a quién se lo damos. Ahora, lo urgente es amueblarlos.

En el mismo corazón del barrio más europeo de Madrid: edificio Zivago, calle de Hemingway esquina a Doctor Fleming. El edificio es moderno. Atrevido no. Moderno y gracias. Fachada costosa, toda de piedra; terrazas, con techos de madera oscurecida, barnizada; cada terraza es un pequeño jardín, plantas siempre vivas, verdes. Y hay otro jardín entre la acera y la fachada, un jardín de coníferas y de bojés, de cipreses recortados en cono, esfera tronco y pirámide; un jardín en el que la naturaleza ha sido pasada por las coordenadas y las abcisas de un delineante de jardines integrados en la arquitectura. Una naturaleza cúbica, tridimensional y artesana. A la altura de la calle la pared no es pared, la fachada se hace cristal, luna danesa, importada, luna-sombra que suaviza la luz cruda del exterior, que la amansa poniéndole al vestíbulo gafas protectoras.

Costa Fleming, polígono disparatado que limita al norte con la plaza de Castilla, al sur con el Estadio Bernabeu, al este con la avenida del Generalísimo y al oeste con la del Padre Damián; Costa Fleming llaman al barrio y no sólo porque su centro, su corazón, su Piccadilly, su Broadway, su Pigalle sea la calle del Doctor Fleming, sino porque esa denominación geoturístico-sociológica nos aproxima a la idea de internacionalidad, vacación, desenfado, nivel de vida superior a la renta per cápita, levedad de ropa, levedad de conductas, levedad de compromisos: europeidad.

—Aquí lo que hay es muy poca vergüenza.

Don Eugenio de la Conca lo oye, sonrío y se encoge de hombros.

—Yo no me la cojo con papel de fumar.

Don Eugenio es jubilado voluntario. Un jubilado joven. «Usted es un chaval», le dicen otros, los verdaderos ancianos de clases pasivas. Tiene sesenta años; le correspondía jubilarse a los setenta y dos, pero lo pensó bien, pensó que la vida se mide en años, no en pesetas. Era funcionario del Estado, con buen sueldo, aunque el sueldo importaba mucho menos que los tantos por ciento. Cobraba algo más de un millón al año desde 1956. Demasiado dinero para él y su mujer. Ahorraban más de lo que gastaban; tanto, que decidió ganar menos y vivir más, aunque Maruja, su mujer, no lo entendía.

—Ahora sales por más de cien mil mensuales; ¿cuánto te quedará?

—Veintiuna mil doscientas tres con cincuenta.

—Eso es una locura.

—Acabo de cumplir sesenta años. Soy un viejo. Somos dos viejos, pero nos puede quedar mucha vida por delante. Y vamos a vivirla. He estado treinta y ocho años yendo al despacho. Se acabó. No quiero redactar más actas haciéndole siempre la pascua a alguien y sintiendo que aun así no se la haga tanto como debiera.

—Es tu obligación, siempre lo has dicho.

El deber cumplido, la obligación sin ensañarse. Paciencia con el contribuyente, paciencia con la superioridad. Usted aprieta mucho, don Eugenio. Es usted muy blando, Conca.

—Mi obligación, sí. Hay fulanos que salen de mi despacho medio llorando; que se van a pegar un tiro si no me ablando. Lloran porque les he cascado quinientas mil pesetas que van a tener que pagar sin remedio; me suplican, me hacen sentirme una hiena, un verdugo; tengo que aguantarles alguna impertinencia, fingir que no me entero de que casi me han insultado, porque comprendo que a cualquiera le duelen quinientas mil pesetas, o dos millones, o nueve que le sacudí el año pasado a Soportes y Pasarelas. Y sé que no soy una hiena ni un verdugo ni siquiera un hueso, que las quinientas mil pesetas deberían ser un millón.

Maruja está de parte del pueblo, es decir del administrador, del contribuyente.

—Si tú las tuvieses que pagar te parecerían muchas también. Lo que tienes que hacer es ayudar a la gente y no llevar las cosas a rajatabla. Amigos: eso es lo que te hace falta.

—¿A rajatabla? La liquidación de Soportes y Pasarelas importaría, debió importar, cuarenta y tres millones; así como suena, cuarenta y tres millones. Pero eso sí hubiera sido su ruina. Se lo dejé en nueve; ¿crees que me lo agradeceron?; caras de palo, documentos falsos; me hicieron sudar tinta: dos meses de reuniones, de presiones, de almuerzos de trabajo y cenas con amigos de pega que, de pronto, tenían muchísimas ganas de vernos y que al final, por sorpresa, disimulando malísimamente, me sacaban a relucir el asunto Soportes y Pasarelas. Encima de aguantar una cena pesadísima, la encerrona. Centollo y pato a la naranja o langosta y solomillo a la broche, ¡qué bestias! Y de postre, Soportes y Pasarelas con un soufflé y champán, que a mí me sienta como un tiro.

—Y a mí.

—Pues se acabó. Tenemos ahorrados once millones de pesetas; vamos a vivir, a vivirlos. Te quedarás viuda cuando te toque.

—No digas esas cosas, Eugenio.

—No te preocupes, enviuda tranquila: además de la pensión del Estado y de la pensión de la Mutua, tengo un seguro de vida, y los ahorros los he invertido en pisos: siete apartamentos preciosos en la calle de Hemingway esquina a Doctor Fleming.

—Esto se acaba.

Domingo Maestro es todavía el guarda de noche en el edificio Zivago.

—Ahora a empezar otra.

Marcelino Menéndez, el sereno, le visita todas las noches por lo menos una vez. Marcelino le lleva una copa de coñac o de algún licor extraño. A ver si sabes qué es esto, Domingo. Domingo no acierta; sólo cuando es coñac o anís; fuera de esos dos pilares del paladar nacional, Domingo Maestro no acierta una. Pregunta si es calisay; no, vodka. Que no, que no, que no lo aciertas. Bueno, lo mismo da, se agradece, Marcelino. De nada hombre, a mí me lo regalan, ya sabes. Y a ver si aprendes, que a ti te sacan del anís y del coñac y te pierdes, eso era pipermin, sabe a caramelo de menta.

—Pues es verdad.

—Y dicen que alegra las pajarillas, vamos que lo tomas y te anima, lo mismo a los hombres que a las mujeres, eso dicen, yo no sé, pero las chicas cuando cogen un viejo y quieren sacarlo de sus casillas le hacen beber pipermin, así que si notas algo ya sabes por qué.

—Lo que es yo, con sesenta y tres años y dos guerras y siete quinquenios de andamio, mucho pipermin me ten-

drían que dar a mí. Eso se acabó. Como se acaba esto. Dentro de unos días te entrego las llaves. Siempre lo mismo; con lo bien que se está aquí ahora.

—¿Adónde te mandan?

—No lo sé. Donde sea, es igual, ¿qué más da? Al principio todas las obras son iguales, un solar, una valla, una garita por la que se cuele el aire como si estuvieses en lo alto de un pico, el braserillo o la fogata, y las noches con los ojos muy abiertos porque por cualquier parte se te puede colar alguien y jugártela. Cuando llegan los de los mármoles, cuando tocas un botoncito y todo se ilumina, cuando empiezan a subir y bajar los ascensores, cuando quisieras decir aquí me quedo para toda la vida, hay que empezar en otro sitio. Y gracias si no te dan la boleta de despido y te quedas con el desempleo hasta que vuelvan a acordarse de que uno lleva toda la vida en esto, con ellos, con los mismos, de perro. ¿Sabes que yo soy eso, un buen perro? Me lo dijo el patrón, don Felipe Díaz, pero no lo dijo por faltarme, no, qué va; al contrario, me dio una palmada en la espalda: Hola, Domingo, ¿cómo le va, hombre? Cuánto tiempo sin verlo, y me dio un pitillo y se volvió a unos que venían con él a ver la obra y entonces fue cuando lo dijo como si me pusiera una condecoración; éste es Domingo, lleva con nosotros más de treinta años, ¿verdad?, y me miró y le dije que treinta y dos y entonces me dio otra palmada en la espalda y lo dijo sin mirarme ya, dijo: Domingo Maestro, un perro fiel.

—Pues eso es lo que somos, Domingo, perros fieles.

—Sí, pero que no nos lo digan en la cara, ¿no?

La madrugada es un acarreo de gentes de todo Madrid, de toda España, de todo el mundo. Corren cochecitos deportivos llevando engarbullados cuatro o cinco ciudadanos

de la noche; de la fila de lucecitas verdes van zarpando ininterrumpidamente los taxis a empezar la historia, a terminar la historia, a repetir la historia: un hombre y una mujer, un grupo que busca la última oportunidad de rematar la noche con algo insólito, con algo disipado, orgiástico, algo que contar, porque lleva tratando de divertirse varias horas y no lo consigue, un matrimonio que tiene que madrugar, un borracho del brazo de su íntimo amigo Ernesto.

—Oye, Pepe.

—Ernesto, te he dicho que me llamo Ernesto.

Ernesto lo ha sacado de la barra; le ha hecho creer que son íntimos amigos y parece que Ernesto está borracho, pero no. Salen del brazo, entran en el taxi. El portero ayuda y se guarda la propina.

—Ya ha pescado Ernesto; qué valor tiene. No he visto un marica con más vocación. Mañana, a lo mejor aparece aquí con un ojo como una breva, porque ése tiene cara de bruto y como se le pase la trompa antes de tiempo le sacude a Ernesto, y es una lástima porque no es mala persona. Veinte duros me ha dado.

Y llegan nuevas lucecitas de los taxistas que exprimen la noche para pagar los plazos del coche trabajando dieciséis horas diarias; le sacan el jugo a la Costa Fleming, desenfadada, generosa, petulante, consentidora y pródiga.

En algún reloj de Madrid suenan las campanadas de las cuatro; campanitas monjiles llaman a orar a las esposas del Señor; en la noche Fleming no se oye el sonido diamantino y teologal del bronce. No hay campanas en la noche intrincada de la Costa Fleming.